



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 2 DE MAYO DE 2021

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

Visiones policiacas y ciudadanas

¡MODERNA DESOLACIÓN!

OLGA DE LEÓN G.

Los zancudos revoloteaban en derredor de su cabeza, lo molestaban dejando que el efecto de su veneno se manifestara primero con una constante coceción en cuello, brazos y manos; luego aparecían las ronchas. A ratos se olvidaba de ellos.

Por fin, se levantó del sillón, fue al baño, y salió repelando con su mujer: ¡qué no aseas esta casa! Mira nada más cuántos zancudos entran y no se van, están muy a gusto entre tu mugre. En el cuartito, casi me dejan sin sangre.

Volvió a servirse otro jaibol y siguió platicando con su invitado: ¿quiere mejor un tequila, compadre? Parece que no le gusta el jaibol, ya se le derritieron los hielos y no le dio ni un traguito. Si quiere le sirvo otra bebida... Usted, nomás pida, compadre. Está usted en su casa, entre amigos y hay confianza. Yo se la tengo.

Bueno, pues como yo le iba diciendo... Ese día, no dormí de la emoción de saber que en la mañana iría a trabajar nuevamente, en la misma empresa y a la misma oficina. Lo habían recontratado, le dejaron recado con su mujer que se presentara al día siguiente a las ocho de la mañana. Él todavía estaba durmiendo, a las nueve de la mañana. Ella les había dicho una mentira para cubrirlo y no hacerlo ver mal. Les dijo que había ido a una entrevista de trabajo, muy temprano; pero, el hombre seguía y seguiría durmiendo en la recámara, hasta pasado el mediodía.

Compadre, ¿me escucha? Y, el compadre ya no estaba allí, hacía más de diez horas que se había retirado; pero, el hombre no se dio cuenta o no quiso dársela. Así que seguí hablando como si realmente alguien más que él mismo, escuchara.

Pues sí, como le estaba diciendo... Ese día, después de casi ni pegar los ojos de la emoción y el nerviosismo, me levanté de la cama, me metí a la ducha y me dispuse a arreglarme. Mi vieja me preparó un buen almuerzo con hartito chile, para curarme la cruda de varios días atrás.

Así que al día siguiente, llegué al trabajo diez minutos antes de las ocho, tomé el ascensor y bajé en el piso siete... siete de la suerte, pensé para mí. Cuando entré a las oficinas, de inmediato me percaté de que todo estaba muy cambiado, ya no existían los cubículos individuales, no había paredes, y sí muchas computadoras, una frente a cada pequeña mesa que luego me di cuenta eran lo que en otros tiempos habían sido los escritorios.

Pregunté al guardia, por el gerente. Señaló al fondo y hacia allá me encaminé. Cuando estuve frente a él, me di cuenta de que era un hombre muy joven, al que yo con solo cincuenta y cuatro años, casi le doblaba la edad; él no llegaba a los treinta.

Pero, compadrito, no se ponga triste, que el mundo no se acaba todavía. Y, ustedes, niños, váyanse a su cuarto; dijo asomándose hacia el pasillo, de donde venían las voces... o, al patio, no anden por aquí haciendo ruidos. Volvió con su invitado o con quien charlaba. Así es la



vida, a usted ahora le sonrío o está a punto de sonreírle; y a mí se me escapa la alegría con cada sorbo que le doy a mi vaso.

¡Mujer!, prepáranos alguna botanita, quesos y jamón, de esos que tienes por allí al fondo de la hielera escondidos, "quesque" para el lonche de tus hijos. Ahora nosotros los necesitamos más que ellos... No quiero caerme de borracho frente a nuestra visita.

Afuera, la noche había dejado caer su manto azul oscuro cuajado de estrellas sobre una cama de nubes, que se movían emergiendo detrás de las montañas.

En este caso, de montañas imaginarias que cobraban vida ante las alucinaciones del hombre que se soñaba e imaginaba hablando con alguien más sobre su desilusión, su tristeza y desamparo ontológico por la ausencia de sentido en su vida: vivo, sin haber sido contagiado, pero también sin trabajo.

Los zancudos acabaron con todas sus dudas: sí, estaba vivo, seguía en la cama... y a lo mejor, ese día tendría un nuevo trabajo.

Salí de aquella casa con la cabeza inclinada hacia el suelo, así, mis lágrimas regarían las escasas plantitas silvestres que crecían entreveradas con el escaso pasto, a punto de desaparecer.

Que haya un desempleado más... ¡qué importa al mundo!

EL CANSANCIO DE LAS TORRETAS

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Platicábamos sobre la tupida lluvia que caía esa noche. No habíamos presenciado tal desprendimiento del cielo, en meses. Llevaba mi placa acomodada sobre la camisa azul, cuidadosamente ubicada como diploma que se admira en la pared de una academia. En mi cinturón descansaban un par de esposas y mi pistola. La radio no emitía señal, ni voz lejana de su propia profundidad: la que suele estresarnos cuando estamos en servicio. Con las ventanas cerradas, el calor

comenzaba a burbujear adquiriendo forma de sudor en mi frente. Decidí quitarme la gorra de faena y dejarla descansar sobre mis piernas, las cuales estiré, dado el cansancio que sentía. Mi asiento de piloto estaba separado del asiento del copiloto por un subfusil de 9 milímetros, que regularmente nunca desmontábamos de su lugar.

Un momento de silencio nos dejó escuchar cómo la lluvia arreciaba su metralla de agua sobre el techo de la patrulla. De la radio vino un llamado para nosotros: Un asalto a una camioneta de valores que viajaba por carretera. Varios autos la hicieron volcar y con una bomba, al parecer bastante sofisticada, despedazaron el piso de la cajuela. Un solo sobreviviente. Los delincuentes viajaban en varios autos y en diversas direcciones. Uno de ellos estaba próximo a pasar por el tramo de autopista en el que nos encontrábamos estacionados. Apagamos las luces y esperamos atentos. Los segundos los podíamos medir en centésimas. Pasó un minuto eterno como la lluvia, cuando vimos que se acercaba el Toyota Prius oscuro que esperábamos. Mi compañero bajó del auto para echarle la luz de la linterna, encendiéndola, y apagándola, para que se orillara. Mientras tanto, yo estacionaba nuestra patrulla en el carril izquierdo para iniciar la persecución. El delincuente llevó su auto al carril derecho y nos rebasó acelerando a ciento sesenta kilómetros por hora.

Mi compañero subió a su puesto y emprendimos la carrera detrás del prófugo. Dimos aviso: "Apreciamos a una sola persona", especificó mi compañero por el micrófono. "Debe ser el líder. Los otros sospechosos huyeron en camionetas rumbo a Hidalgo y Querétaro", respondieron de la central. Aunque yo no era un novato conduciendo, sabía que la lluvia me dificultaría la maniobra. Estaba consciente de que nuestras vidas se pondrían en peligro, más allá de lo que es

regular. Pero sería inexcusable perder al fugitivo en esa recta de veinte kilómetros, teniendo tres carriles de ida y tres de venida. Todo era cuestión de acercarnos poco a poco. Nuestra patrulla comenzó a temblar cuando alcancé los ciento ochenta kilómetros por hora.

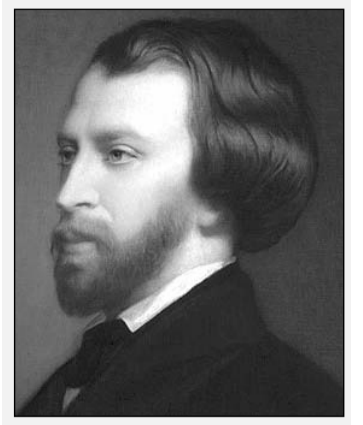
Cuando tuve el Prius a cien metros de distancia, mi compañero encendió la torreta. El fugitivo no respondió. Segundos más tarde y lentamente, se ubicó en el carril central, como si quisiera darnos oportunidad para rebasarlo por la derecha. Lo seguimos por dos minutos y mi compañero tomó el altavoz. "Prius oscuro, orillate inmediatamente". Mi compañero repitió la frase. Alcanzamos a notar que el conductor giró su espejo retrovisor para evitar la luz directa de la patrulla; pero no alteró su rumbo, ni la velocidad.

Cuando avisamos por radio que lo seguíamos de cerca desde hacía unos minutos, la central reportó que un helicóptero estaba en camino y tres patrullas ya nos esperaban cinco kilómetros más adelante, justo pasando la siguiente gasolinera. Nos pidieron que no intentáramos detenerlo mediante maniobras especiales. "Manténgase a distancia", nos dijo el capitán por radio, sin explicar por qué. A esa velocidad y circunstancias, un civil regularmente dejaría un espacio de casi ciento cincuenta metros entre autos, por seguridad; pero nosotros debíamos mantenernos a menos de setenta metros de distancia.

Cuando vimos la gasolinera a lo lejos, el prófugo inmediatamente cambió al carril izquierdo. Comenzó a descender su velocidad. Notamos las torretas encendidas de las patrullas más adelante. La maniobra del Prius fue rápida, bajó su velocidad aún más: a cincuenta kilómetros por hora en cuestión de diez segundos. Yo tuve que presionar los frenos precipitadamente en varias ocasiones, resbalando en el pavimento y controlando los movimientos de la patrulla de un lado al otro.

Lo que siguió fue inaudito. El fugitivo entró en la gasolinera a veinte kilómetros por hora, cuando ya estaba a cien metros de encontrarse con el resto de las patrullas. Condujo hasta el fondo, más allá de las bombas, y se detuvo intempestivamente. Se abrió la puerta del conductor y lo primero que pudimos ver fueron unas piernas largas en medias. Una dama en tacones y minifalda descendió corriendo hasta una puerta azul: el baño de mujeres.

Mi compañero y yo guardamos silencio. Nunca, en veinte años de servicio, habíamos cometido un error tan garrafal. Yo no quería voltear a ver a mi pareja, ni él a mí. Escuchamos cómo se acercaban las patrullas por el ruido intenso de las sirenas y la gueguera que producían sus luces. "¿Cómo vamos a explicar esto?", me preguntó mi pareja. Yo sabía exactamente qué contestar, pero no esperaba tener que decirlo: "Tendremos que contarle tal como sucedió", le respondí, "porque los hombres que se equivocan y no corrigen, siempre pueden cometer un error mayor".



Alfred de Musset

(París, 1810-id., 1857)
Escritor francés. Renunció a sus estudios de derecho y medicina al imponerse su afición por la literatura. Publicó en 1829 Cuentos de España y de Italia, que obtuvieron cierto éxito. En 1833 vio la luz el volumen poético Rolla, donde Musset dio expresión al llamado mal del siglo, del que se convirtió en uno de sus más insignes representantes. De igual modo puede apreciarse ese desencanto artístico cercano al hastío existencial en su novela autobiográfica Confesiones de un hijo del siglo (1836), donde además relata su aventura sentimental con George Sand durante un viaje a Venecia. Su obra poética, de la que destacan sus diversas Noches (1835-1837), le sitúa como uno de los principales escritores franceses del romanticismo, posición reafirmada por su teatro, si bien no logró en éste las mismas cotas de intensidad expresiva que en su obra lírica.

Maestro del teatro romántico, el poeta y dramaturgo francés Alfred de Musset nació en una familia liberal y cultivada. Su abuelo materno había sido amigo de numerosos escritores del siglo XVIII y poeta y editor él mismo; su padre había sido responsable de una monumental edición de las obras de Rousseau. Después de brillantes estudios clásicos, hizo su entrada en la literatura en 1827, frecuentando el salón de C. Nodier y la casa de Victor Hugo. Su primer volumen de versos fue Cuentos de España y de Italia (1829). La muerte de su padre en 1832, víctima de una epidemia de cólera, dejó profundas huellas en su obra posterior. Contratado en la Revue des Deux Mondes, la mayor parte de su obra, incluido el teatro, fue publicada allí. En 1833 aparecieron las piezas teatrales en prosa Andrea del Sarto y Los caprichos de Mariana, de marco italiano, construcción libre y gran intensidad, y el largo poema Rolla.

Aureolado de la gloria de este último, en el que evocaba la pérdida de la fe en los hombres de su generación, inició una relación que primero fue de amistad y luego de inflamada pasión con George Sand. En los primeros tiempos del amor escribió Lorenzaccio (1834), obra maestra del teatro romántico que fue estrenada por Sarah Bernhardt. A su regreso de un tormentoso viaje a Italia publicó Con el amor no se juega (1834). De todas las obras de esta época, la que se refiere más directamente a la agitada aventura veneciana con George Sand es Confesiones de un hijo del siglo.

En ese mismo ámbito autobiográfico surgió su lirismo más personal: entre 1835 y 1837 compuso las Noches, vasto poema en cuatro partes en el que el poeta, bajo la forma de coloquio con la Musa (Noche de mayo, Noche de agosto, Noche de octubre) o con un personaje "que se le parece como un hermano" (Noche de diciembre), despliega los grandes temas de su poesía: la aspiración poética y el dolor, la soledad, la falaz embriaguez del placer, el rescate del dolor en el sentido de la inmortalidad encontrado de nuevo. No es solamente una ficción poética: vivificado por el sufrimiento, sus mejores piezas se vinculan a la profunda crisis que atravesó.

En 1840 cayó gravemente enfermo y el alcohol y el desenfreno no ayudaron a su curación.

ad pédem literae

No mires nunca de donde vienes, sino a donde vas

Pierre Augustin de Beaumarchais

Letras de buen humor

El destino es el que baraja las cartas, pero nosotros somos los que jugamos

William Shakespeare

Elmer Mendoza

Periodismo que incomoda con la verdad

Hubo una época en que la verdad en el mundo era única y nadie tenía dudas. Los años y una caterva de indecentes han intentado cubrirla con un grueso manto de palabrería y datos que se sacan de donde pueden. Afortunadamente, otro grupo ha luchado hasta con su vida por conseguir que la verdad se conozca, que esté a la vista, que sirva para todos. Justamente es la línea que sigue Carlos René Padilla en su libro de crónicas periodísticas, Hércules en el desierto, publicado por Nitro/Press, en su colección Nitro noir, y el Instituto Sonorense de Cultura en noviembre de 2020, en la Ciudad de México. Escribe el autor: "No hay protocolo de seguridad que cuide las publicaciones que pueden llegar a incomodar a un político corrupto, un empresario poderoso o un narcotraficante señalado." Verdad que no se puede ignorar.

El libro consta de 12 crónicas, mismo número que los trabajos que Hércules, el héroe ejemplar de la mitología griega, tuvo que realizar para ser divinizado. Los temas elegidos nos han tocado en algún momento de nuestra vida. Trata la famosa mordida en las calles y descubre que no siempre son los agentes de tránsito

to los que la propician, sino los ciudadanos, que lo prefieren a hacer largas filas y contemplar al personal comiendo tortas cuando se hace el pago. La que sí es una industria sin chimeneas es el alcoholímetro, porque todos, después de alegar que sólo han bebido una o dos cervezas, cooperan con lo que les pidan para no pagar la multa y dormir fuera de su casa. El texto sobre las mujeres que mendigan en las esquinas con un niño en la espalda es muy interesante. Padilla descubrió, que mientras ellas recogen monedas todo el día, sus hombres beben cerveza y juegan cartas tranquilamente en una casa habitada por varias mujeres pediguéñas. La crónica que más nos recuerda lo crédulos que somos los mexicanos es la de los hermanos que curan y tienen programas nocturnos de tele donde arreglan problemas, desde amorosos a económicos. Son unos fansantes y lo peor es que nadie los mete en cintura.

Carlos René Padilla, que nació en Agua Prieta, Sonora, en 1977, practica lo que se define como periodismo Gonzo, aquel en que el reportero se integra a la comunidad que está investigando. Algo importante es que escribe muy bien, de



tal suerte que no sólo encontramos información valiosa sobre la vida cotidiana, sino una descripción humorística de la vida en la Redacción del periódico en que trabaja. El reportero tiene dos ayudantes que son una maravilla, El Negro y Escáner Sánchez, un "detective harto de la inseguridad", que le dan un interesante toque literario a las crónicas. También lo acompaña con regularidad, El Choring, el fotógrafo del periódico, que consigue fotos memorables cuando el reportero se disfraya de prostituto, o en el reportaje sobre las calles donde no existen rampas para minusválidos y lo vemos en una

silla de ruedas esquivando carros que les importa más bien poco las dificultades de esos seres humanos que deciden salir de casa para realizar algún trámite. Una crónica muy fuerte es en la que aparece como recogedor de basura y reza para no recoger cadáveres de bebés que maldita la culpa que tenían de venir al mundo. Está claro que "el manual de periodismo se escribe todos los días", y a veces, esos días son completamente borrascosos. La crónica donde el reportero busca ayuda en un centro "religioso" de rehabilitación para drogadictos no le dejará dudas y quizá no vuelva a cooperar.